

ECOS ROSARISTAS

(A cargo de ALFREDO DELGADO PLAZA)

NUEVOS COLEGIALES

Custodiados de imperecederas memorias, recorremos, a través de los días, el escenario de una fecha rosarista, impresa, como todas las de su rango, con caracteres luminosos en la vida del Colegio. No palpita allí el fulgor de ciertas efemérides, colmado, como la claridad matutina, de liberales y amplísimos efectos; ni ostenta nuestro día la desconcertante turbación de los deslumbramientos meridianos; está él pleno de supremas clarezas e intensos esplendores. Su luz es íntima, reconcentrada y honda, como esa luz del atardecer que ilustra y magnifica los lienzos de reputados impresionistas flamencos.

Nos referimos al 10 de julio de 1936. No se festejaban entonces proceras hazañas ni se glorificaba a hombres de hinchadas proezas; ajena era la fecha a solemnidades rumbosas en las cuales hubieran de conferirse altezas efímeras. Trataba sí el Rosario, en medio a la limpieza de familiares preceptos, de premiar, en forma dignísima, los desvelos y deferencias a él concedidos por su Vicerrector; de galardonar, en hidalga manera, la intensidad de fervores y crecida admiración en que, por su historia y grandezas, arde el alma de un joven catedrático; de recompensar los méritos y esfuerzos de cinco alumnos, merecedores todos a la máxima consagración del claustro.

Ya, en carta de hace meses para un compañero, hicimos constar y recalcamos lo bastante sobre el cuidado y diligencia que la elección de Colegiales reclama; quisimos explicar el lujo y significado que tal título encierra; las condiciones esenciales que para llevarlo se precisan y la sobria majestad que sus ceremonias revisten. Excusados estamos, pues, de repetir la reseña y ahondar de nuevo en sus detalles. Revivimos tan sólo la intimidad del acto para grabarlo con más amores en la mente y hacer de él cordialísimo marco para las notas que, en seguida, trazaremos.

Salidas del alma, como hijas de verdadero sentimiento,

pusimos a vibrar en aquella misma epístola, delicadas frases de elogio y simpatía para varios rosaristas de los que, en el 10 de julio, obtuvieron las honras de una Colegiatura. Redundancia sería en nuestra pluma volver sobre esos nombres y atizar los encomios que, escritos una vez, quedarán intocables como tributos que son a cualidades y títulos que provocan, de veras, las grandes distinciones.

Nos lo impone la justicia y lo exige así la amistad consignar hoy el homenaje a otras gentes que aun no lo han recibido. Si lo omitiéremos, pecaría de incumplimiento el difícil encargo a nosotros confiado de recoger los ecos de esta vida de colegio y traducirlos en palabras, pobres de forma, lo reconocemos, pero ricas en latidos y afectos.

CARLOS ALBERTO RODRIGUEZ PLATA

Travesean allí y se multiplican las erres que prestan a la articulación especial fortaleza. Al pronunciarlo, suelta la lengua un nombre de asperezas seguras cuyo rigor se temple y desvanece con la sola presencia del levita.

En modos excelentes se alargan y contornean sus facciones; moderada calvicie prestigiale el cráneo que sabe de consagraciones elevadas y lentes de recientísima data comunican peregrino semblante al rostro, tocado de mansa beatitud. Sin indicios siquiera de su condición y virtudes, brota inconfundible, por la simple apariencia del Vicerrector rosarista, la abnegación de espíritu y las suaves maneras que llenan su trato.

¡Qué bien sienta esa declaración en nosotros comentaristas puntillosos que, en nimios detalles y en inocentes aspectos, tratamos de rastrear, a ratos, desafectas voluntades en contra nuestra, quizás ilusorias. Y hacemos pública tan infantil pero provechosa dolencia, no ciertamente para lamentar esos enojos que sí para delatar nuestras sospechas de sentirnos faltos ante la benevolencia del doctor Rodríguez y darle así a nuestras palabras tono acabado de rectitud.

Distinguíase el Rosario, hasta 1930, como centro adusto, seriote y esquivo a ciertos pasatiempos, muy propios, desde remota antigüedad, de las clases estudiantiles. La vida del campo y las actividades del deporte eran ajenas

por entero. Le regían clásicas normas, firmes y severísimas como la masa grandiosa de su fábrica y abrazábase con estrechísimo enlace a su dispendioso apellido de Mayor. Ello, sin duda, necesitaba de variaciones que atemperaran el plantel a las épocas nuevas y exigía también una persona que, con entusiasmos y método, pusiera en función, desde el Vicerrectorado, tales mudanzas, sin mengua ni desdoro de inmortales tradiciones que sustentan la vida del Colegio. Y vino el doctor Rodríguez, dignísimo sucesor de Monseñor Jiménez por sus méritos, circunstancias y jerarquía, dotado por lo demás de resuelto fervor deportivo.

En tan loables andanzas hemos de abonarle al Superior propiedades y beneficios. Lo proclamamos, entecos enamorados y posibles difamadores del balón y la raqueta.

El deporte le ha valido al Rosario aclamaciones ruidosas y simpatías de valimento; le ha despertado útiles emulaciones y le ha impreso movimientos admirables de tanta mayor alabanza cuanto señalan obras de improvisación casi. Cifras son esas que cargar a la deuda de gratitud que el Colegio atesora para con su Vicerrector, máxime cuando expresan aventajado interés y muestra viva de su amor por el Claustro.

Es el doctor Rodríguez caballero de atildados perfiles; cíñese su trato a cortesanos modales y en su voz se asilan profundas delicadezas y galanterías subyugadoras. Vengan decires y cuchicheos a herir otros aspectos suyos pero, en materia de señorío y gentileza, nadie osará zaherirle. Tan bellas dotes, aunadas a generosos sentires y puestas al servicio del estudiantado, resplandecen mejor y cobran ecos de sonora repercusión. Revestido de ellas queremos juzgarle en sus deliberaciones, a favor del Colegio, ante el señor Rector y la honorable Consiliatura; aureolado de ellas también, conmovió nuestro ánimo y nos alegró el corazón cuando, en la noche del 10 de julio, de manos de Monseñor Castro Silva, su padrino, recibió la altísima condecoración de Colegial, debida a sus funciones de Vicerrector, a sus méritos propios y a los múltiples servicios al Rosario.

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

Casa de reciente construcción en el barrio de "Santa Teresita". Sencilla fachada vistela de elegancia y nobi-

liarias enseñas, que se aferran a los muros con fiereza de dominio, aseguran la prosapia de sus dueños. Hácela amable el reducido circuito de su área donde se acomoda, a maravilla, la franqueza; halla fácil refugio el sosiego; el estudio es intenso y encuentra la vida confidencial movimiento.

Breves horas pasamos en esa mansión. Lleváronnos allá comisiones de la REVISTA DEL ROSARIO y logramos tan generosa acogida que la visita se ha hecho imborrable a nuestro espíritu. Obsequiosa dama de hidalgo porte y esmerada urbanidad dispensónos los honores del caso; secundábala en cumplimientos su esposo, joven de correctas trazas, de enjuto semblante, marchitado en vigiliadas de estudio; ojos cansados de tanto descifrar manuscritos; fluído y saleroso lenguaje, de timbrado acento y galanísimo corte. Era Guillermo Hernández de Alba.

Devoto vehemente de la historia, sus días respiran aires de biblioteca y vive su mente el mundo de los archivos. Se tiene recorridos nuestros anales patrios en todos sus confines y es en él vasto el conocimiento de hombres y sucesos que pertenecen a esta tierra.

Cayendo en lugares que muchos tildarán de comunes y que, por sublimes, ni se envejecen ni nos fatigan, repetiremos hoy que el Colegio Mayor es el venero inexhausto de glorias nacionales. Por sus campos se ha detenido a cada paso la mira acuciosa del historiador y en ellos ha cosechado preciosas páginas y escenas de insuperable precio. En los fastos del Rosario late con poderosos golpes el alma de la República: ellos animan las mejores empresas y siembran los más puros fervores patrióticos.

¿Podrá de aquella fragua alejarse indiferente quien a ella se allega con animoso empeño? Esa la fuerza del encendido amor en que por este Instituto arden el espíritu, la inteligencia y la vida de Guillermo Hernández de Alba. Así lo atestiguan las lecciones de historia colombiana que, con escrupulosa consagración, dicta, cada día, desde las aulas rosaristas; así nos lo acredita su firmeza de ánimo para defender y exaltar, él, bartolino de afianzadas convicciones, las cosas que al Rosario se refieren; así lo dice, en proporciones únicamente exigibles a los verdaderos hijos del claustro, el celo con que viene dedicándose, hace meses, a la historia del Colegio que, acertadamente, le han confiado los Superiores.

Para gentes de aquellos títulos tiene el Rosario reservadas sus distinciones sobresalientes. Lo disponen en tal forma las Constituciones y lo prescribe el agradecimiento.

En pergamino de limpia transparencia, gallarda disposición y bizarra lectura, el Colegio Mayor admitió y consagró a Guillermo Hernández de Alba como su Colegial de honor.

En adelante no será simplemente a la ilustre casa de fray Cristóbal de Torres a que deba él servir sino a una inmensa familia que, entre aplausos y regocijos, le acepta por su legítimo hijo.

JOSE LLOREDA CAMACHO

Con mímica de saineje, propicia a menoscabar su medida; fruncido el ceño en ademán enfadado; impregnada la voz de fingidos acentos y, en medio a ditirámico estilo, mitad presunción y otro tanto de gracejo, conversa y parla José Lloreda Camacho. A soberbia se le tiene aquello que anda muy lejos de apellidarse tál. Mas, en veces, los epítetos corren a impulsos de una enconada inteligencia que obliga a mirar complicado lo que sólo respira inocente capricho.

Porque, en cuerpo de prolongadas dimensiones, guarda Lloreda encantos de pueriles matices. Ellos le inspiran afectadas licencias y le sugieren irreverentes posturas; llénanle el cerebro de ilusionadas imágenes; le iluminan las gentes de pálidos merecimientos y hasta le fomentan burlas y directes contra poetas y costumbristas, autoridades artísticas y recreo de las veladas en el pasado siglo.

Con Francisco Rueda Caro, mozo de surtida ballesta intelectual, ensaya José atrevidas "Memorias" donde "El Mosaico" y sus hombres sufrirán excesivos dictados. Imaginan y traman aquellas páginas entre charlas de café que surten copioso bagaje de frases, retorcidas todas y de modernísimo paladeo. En un cuarto lóbrego, reducido, pero acogedor, se encierran luégo para someter a cedazo el fruto de su inspiración. Es el sitio, rincón del Rosario que presta servicios de oficina a la administración de la Revista.

Se consumen allí muchas horas en solaces literarios, que otras pertenecen a los ajetreos periodísticos y las más

a los textos del Derecho. Pues Lloreda Camacho cursa cuarto año en la Facultad del Mayor con dedicación apropiada, aprovechamiento manifiesto y resuelta voluntad, congénita ella y los demás atributos de un brillante talento y una franca vocación por el Foro.

A sus dotes mentales, que le señalan y destacan de veras, asocia Jcsé especial don de gentes, apetecida cualidad, más natural que de adquisición. Emprende propósitos con resuelta osadía, ajena, en un todo, de la temeridad, y acompaña sus intentos de tenacidad y pertinacia, eficaces requisitos en los objetivos y designios.

De natural fácil, expansivo y audaz, ha obtenido ascendiente ante las autoridades del claustro. Y nobleza de carácter, rectitud de intenciones y lealtad verdadera le habrán reconocido ellas, para otorgarle su estimación al modo espontáneo y abierto en que lo han hecho.

Y ha sabido José corresponder acertadamente a tanta consideración: culto sincero inspiranle sus Superiores y razonado acatamiento sus órdenes. En ellos ama al Colegio y, en el respeto que les tributa, venera y reverencia, con homenaje excelente, la casa del dominico.

Precisar en obras el entusiasmo de Lloreda y su interés por las cosas del Rosario, sería labor inútil cuando tenemos aquí esta Revista, remozada y espléndida, hecha órgano aparente de Institución tan levantada como el Colegio Mayor. A ella le ha consagrado solicitudes, le ha dedicado actividad y ha concedido predilecciones de palmaria virtud. Por eso su adelanto.

Y no olvidemos que las faenas del periodismo, para ser efectivas, requieren sacrificios, abnegación y desprendimiento. Si, a cambio de tanto murmurar contra quienes desarrollan iniciativas y proyectos en beneficio del Colegio, imitásemos su ejemplo, lograríamos la suerte de retribuir al claustro las mercedes concedidas.

Tamañas bondades y méritos semejantes compraron para José Lloreda Camacho la dignidad de Colegial. Luce ella con lujo sobre su pecho y llena, en su poder, los requisitos que el Fundador le impusiera.

PEDRO VICTOR ANGULO

En Zipaquirá, el municipio cundinamarqués de más aguzado regionalismo, veintinueve muchachos departen en



jubilosa algarada. Nadie penetra al corro que no sea de la Costa. Festéjese a un paisano y el regocijo pertenece tan sólo a la colonia. ¡Bello homenaje ese que canta, en sincera alegría, el juego de los corazones y la unidad de sentimientos para felicitar a un rosarista, llegado a Colegial en virtud de crecidas cualidades!

Señero y pensativo recorre un estudiante los corredores del Colegio. Acerada, la pupila se clava con pertinacia en el piso, resuelta a taladrar el entablado antes que levantarse; se abren los labios en abstraído mohín y caen hacia la espalda los brazos en la actitud enérgica del paso.

Tan irregular descripción bien pone a pensar en un hombre extravagante, de áspero trato e insolente decir. Nada de eso que venimos refiriéndonos a Pedro Víctor Angulo, afable y hasta festivo señor, de pródiga parla y cuidado lenguaje. Mas, para lograrle accesible y ameno, es menester deshacerle de su habitual situación: retraído y circunspecto, grave en el semblante y medido en los movimientos.

Resalta allí el mozo serio, extraño en toda primera juventud, de suyo bulliciosa y ligera, y se perfila con líneas precisas el varón de promesas, capaz de las mayores confidencias y de encomiendas por extremo delicadas. Si a aquello se hermanan diamantina entereza, vuelo de entendimiento y robustez de juicio, confirmada quedará nuestra aserción, ratificada la promesa y delineado enteramente Pedro Víctor Angulo.

Hijo de Santa Marta, ciudad del Caribe ardiente y prócer, lleva en su alma la franqueza y en su corazón un mar de generosidades. Practica la amistad con probada integridad y ejerce la gratitud en maravilloso estilo.

Nueve años ajusta ya Pedro Víctor de vida rosarista; dos lustros casi de corrección y decencia, de entregamiento al estudio y cumplida caballerosidad a que siempre ha respondido el Rosario con afectos y respetos.

Mortificando a su modestia, ostenta hoy sobre la solapa la insignia de Colegial. ¡Bienvenida sea ella a quien con decro sabrá portarla y con su valor enaltecerla!

